

*A Aquella que “se mantiene emergente”, 卓立,  
este ejercicio de existencia*



1. *Vivir es lo que más nos importa, aunque también lo que más se resiste al pensamiento. Porque es aquello en lo cual siempre nos hallamos ya comprometidos –desde el nacimiento; sobre lo cual no poseemos distancia ni perspectiva. Pero al mismo tiempo es aquello a lo que no dejamos de aspirar, como si permaneciéramos siempre alejados de ello. Pues ¿qué otra cosa podríamos desear más que vivir? A la vez no tenemos espacio con respecto a ello, ya que allí nos descubrimos implicados desde un principio; al mismo tiempo que es lo que no se nos deja de escapar. Ese verbo no tiene un más acá ni un más allá posibles: expresa a la vez la condición de todas las condiciones y el colmo de todas nuestras aspiraciones: “¡Vivir al fin!”.*

*Ahora bien, ¿cómo dejar de ser zarandeado en la pendiente [glacis] –lazo [lakis]– de esa contradicción: tanto en la superficie como en el entrelazamiento de lo que se volvería, en caso de no poderse pensar, nada más que lugares comunes, de lo que se volvería sólo banalidades siguiendo las cuales el pensamiento no hace más que pasar siempre de largo?*

*Respecto de esa inmediatez: vivir, aunque también a lo que hace falta acceder, ¿cómo entrar en el pensamiento?*

2. *De hecho, todas las opiniones que nos brindan usualmente sobre la vida nos cansan; no hacen más que resbalar sobre la pared del vivir. De modo que no tienen mucha incidencia. Aun el*

*“¡No te olvides de vivir!” de los estoicos, en el fondo, suena hueco: suena como un llamado al orden, pero ¿acaso no queda ese “vivir” demasiado oculto, inexplorado, como si de entrada uno se entendiera sobre él? O bien nos dicen, como algo obvio, “¡aprovechen la vida!”. Se lo dice con seriedad, e incluso con gran seguridad, como el fruto maduro de la experiencia: que el resto es vano, que sólo importa estar con vida, en el presente, en el instante, en este aquí y ahora. Pero el argumento es tan razonable –indiscutible– que no nos convence. O más bien nos convence tanto que no nos afecta. Esos “truismos” son verdaderos (true), tan verdaderos que no tenemos nada que hacer con ellos –¿podrían hacernos “entrar”? No se puede sino repetirlos. No podemos más que repetirlos de vida en vida, de edad en edad. Pero ¿acaso no organizan a nuestras espaldas como una prisión del pensamiento?*

*Porque cargamos con ello, sin evaluarlo, el peso de nuestros sempiternos deslizamientos y reiteraciones; esas repeticiones continuas que, aunque introducidas con nombres propios, nombres de “autor”, son anónimas y forman el gran murmullo silencioso –perezoso– que la humanidad no deja de sostener sobre la vida: ese fondo sonoro del que tanto nos cuesta separar a nuestras propias vidas y que sólo perforan esporádicamente los gritos audaces de pensadores o de creadores. Pero ¿y si la vida fuera completamente distinta del modo en que se la suele entender habitualmente? Pues ¿qué se ha verificado alguna vez de esas generalidades que se propagan “sobre la vida”? Eso implícito dentro de lo cual nos sumergieron tan tempranamente, el famoso “así es la vida...”, planteado como una razón última, pero que no es razón para nada, ¿alguna vez se lo indagó? Habría que finalmente separarse de ese gran charloteo que se cree válido porque se hace rutina, y de esas banalidades sobre la vida disfrazadas de sabiduría, que no se fundan sino en el hecho de que se acumulan y se van acopiando. Es decir que habría que comenzar por elevarse fuera de esos estancamientos discursivos, subyacentes a la misma filosofía y sobre los cuales no deja de*

*ser sacudido el pensamiento; desordenando, con respecto a la “vida”, lo que se ha instalado en el pensamiento tanto más en la medida en que no se ha verificado para nada; y que no hizo más que coagularse y sedimentarse. De modo que el apartamiento que reivindico al comienzo de la filosofía (antes que la “duda” o el “asombro”, sus ingresos clásicos) sería en primer lugar sedición contra lo convenido a lo cual nuestras vidas y nuestros pensamientos se plegaron desde un principio, a tal punto que ya no se aventuran más.*

*Para apartarse de esas banalidades sobre la vida, que encierran la vida, sobre las cuales el pensamiento no hace más que oscilar eternamente, ¿en qué fijarse finalmente? Propondré entonces captar ese vivir inasible entre sus dos verbos rivales, o al menos colaterales: ser y existir. Yo soy, vivo, existo, dice paralelamente la lengua, aunque no indiferentemente. Si me pregunto “por qué vivo”, me interrogo solamente sobre las condiciones de mi vida que tal vez me resulten demasiado duras y ya no la justifiquen. Pero si me pregunto “por qué existo”, hago que surja enseguida, del seno mismo de la vida, una dimensión que se separa de ella y me mantiene fuera de esas condiciones (de vida): éstas ya no forman el horizonte y resulta entonces que me veo proyectado fuera de sus limitaciones. Por sus distanciamientos entre sí, esos verbos se ponen en tensión uno con otro: vivir vuelve a ser relevante. Al mismo tiempo que se descubren uno al otro, se desbordan recíprocamente –vivir descubre su capacidad: vivir existiendo. Pero existir es literalmente “mantenerse afuera” (el latín dice: ex-sistere). Habría que decir afuera de qué. Habría que decir de qué hay que mantenerse afuera para que vivir se abra a su vuelo.<sup>1</sup>*

*3. Pero en primer lugar ¿acaso la filosofía no ha cubierto el vivir con sus prejuicios? Puesto que lo alineó bajo el Ser. En particular ha ocultado lo eminentemente singular que posee el*

---

<sup>1</sup> En el original, *essor*, que también significa “auge, desarrollo, apogeo”, pero donde además resuena la rima con *hors* (“afuera”) [T].

*vivir bajo la abstracción del concepto que eleva a la generalidad; así como ha cubierto su esencial ambigüedad bajo su análisis de las esencias, promovidas como objetos –distintos– del conocimiento. De allí que desde Platón la filosofía ya no pueda pensar el vivir según sus dos rasgos básicos, que van a la par, lo ambiguo y lo singular; sino que refirió el vivir a la “verdadera vida”, la alethes bios, en un Allá ideal: vivir aquí y ahora ya no puede tener consistencia y se encuentra “superado”.*

*De modo que vivir no fue tradicionalmente asumido sino por aquello que lo hizo parecer religioso: cuanto más se profundiza la idea de Dios, y particularmente en el cristianismo, tanto más se descubre que Dios “es vida”, Dios persona y no principio: vida de lo viviente (zoé) y “fuente” de una vida que no muere (en San Juan). La ambigüedad de la vida se comprenderá a partir de allí como la naturaleza humana concebida a la imagen de Dios, aunque privada de él; y lo singular es promovido como perteneciente a la “existencia” individual, “manteniéndose” literalmente “fuera” de su Creador que se dirige a cada hombre para su salvación.*

*Ahora bien, con el ocaso de lo religioso, ese acuerdo tácito entre los dos, aunque siguieran siendo rivales, lo filosófico y lo religioso, resulta en adelante roto. Nuestra modernidad –también fue a partir de allí, o más bien en primer lugar, de donde surgió– debió afrontar esa nueva situación, o más bien ve en ella un desafío que la incentiva. Y en primer lugar la literatura, cuyo concepto constituyó una ruptura a comienzos del siglo XIX, ¿no convirtió el vivir en su tema, o más bien en su objeto imposible? Porque en verdad esclarece a la vez lo ambiguo y lo singular de ese vivir, a diferencia de la filosofía. E incluso éstos constituyen su contenido, conforman su densidad y su verdad. Por eso es que la literatura describe vivir aquí y ahora, y ya no deja que sea ocultado por una construcción ideal. De modo que ya no tiene que enseñar cómo vivir; o bien, desconfiando de los buenos sentimientos (que, como es sabido, producen mala literatura), no aclara cómo vivir sino de soslayo, indirectamente, implícitamente (lo implícito es su*

*lengua). Si conserva un proyecto de conocimiento, ya no lo considera separando abstractamente unas esencias, sino haciéndolas variar, en un claroscuro incierto, siguiendo el posible hilo de una vida, de una experiencia (“una vida”: el título genérico de la novela en el siglo XIX) –y por lo tanto sin tener que moralizar.*

*Pero ¿queda algo prescriptivo que nos enseñe cómo vivir? Con el debilitamiento de la moral religiosa, es un terreno que ya no se ocupa. Hoy se dejó un terreno vacío tanto por parte de la filosofía, que desde los griegos está ajustada con la “ciencia”, como por una religiosidad dogmatizada frente a la cual la fe requerida se ha visto devaluada en la modernidad. En ese terreno abandonado, dejado baldío, prospera la maleza de lo que recientemente se ha denominado “desarrollo personal”<sup>2</sup> –y es lo que vemos invadir actualmente, con libros que son no-libros, los estantes de las librerías, expulsando a la filosofía. Allí se hablará del vivir a la vez en un plano “personal” –la “persona” sirve para difuminar tanto lo singular del individuo como la posición del sujeto; y como un “desarrollo” que supuestamente se promueve antes de toda ideología, puesto que recuperaría las vías más originarias del “bienestar” y la “armonía”.*

*Pero el desarrollo personal no sabe describir ni elucidar como lo hace la literatura; ni enseña a construir e interrogar como lo hace la filosofía. En efecto, no elabora, no produce preguntas ni conceptos; no modela ni ejemplifica –sino que pregona. Trata de compensar su inconsistencia teórica, o más bien disimularla, reiterando y conservando, con el pretexto de no despegarse de la ingenuidad de la “vivencia”, las eternas banalidades que recordé al principio: no hace más que deslizarse y correr entre ellas, en lugar de comenzar a entrar (en el núcleo del tema); y las reviste tanto más cómodamente según la ideología del momento que no construye ni posición intelectual ni por ende tampoco discurso. O bien las hace variar mediante una expresión de*

---

<sup>2</sup> Gran parte del material al que se alude, en el mercado editorial argentino, se denomina “autoayuda”, mantenemos la forma original porque sirve para el análisis subsiguiente del autor [T.].

*admiración: “es tan bello vivir...”; o una más modesta de satisfacción (el “Gusto de vivir”). Trata en verdad sobre el aquí y el ahora, pero de un modo cautivador que retoma los más viejos lugares comunes fingiendo ingenuidad (“vivir sin porqué”, etc.). En ese mercado de la felicidad, a decir verdad, especula a bajo costo. De modo que hace falta desembarazarse de esa sub-filosofía de consumo mediático porque exime de tener que trabajar, de esa moneda falsa que está falsificando, por la confusión que produce, la actividad, es decir, el valor mismo del pensamiento, de esa necedad que intenta enmascarar su pereza, una vez más, bajo los viejos ropajes de la sabiduría.*

4. *Avanzaré entonces aquí sin más rodeos ni miramientos. Conviene que la filosofía se adueñe hoy de la cuestión del vivir, es decir que convierta finalmente el vivir, y no sólo la vida en su generalidad, fácil de subsumir, en su cuestión más propia, cuestión tenaz, cuestión intensa, de la que ya no le es posible desentenderse. Aun cuando se trate, como vemos de antemano, de aquello que más se resistirá a la captación del concepto, o que no se ubica de entrada en su proyecto de conocimiento. Especialmente hará falta que forme una alianza con la literatura y se dedique a pensar lo singular y lo ambiguo, en lugar de considerar, como anteriormente, su superación en algún Más allá metafísico: que explore el vivir en el aquí y el ahora en vez de organizar su gran postergación. Por tal motivo, comenzaré por elaborar conceptos del vivir al ras de lo vivido y de tal modo que sean los más lentos en abstraerse: tales como los que se sumergen en la fenomenalidad de la experiencia, sin proyectar una coherencia —o lo menos posible— sino dejando que ésta se desprenda. Digo “lo menos posible” porque no hay que engañarse con la resistencia de la lengua en este aspecto y con la caída en lo abstracto que ella misma impone. Tales son los conceptos mediante los cuales empiezo a tejer una red, malla tras malla, en cuyo seno captar la vida que se juega en su capacidad de existencia, donde ésta promueva aquélla: adhesión y resistencia, o estancamiento y giro, o inicio y reabsorción*



(cap. I-V). *La existencia humana se mantiene allí conectada con la fenomenalidad del mundo, en continuidad con él, en lugar de despegarse arbitrariamente de él (cap. VI-VII).*

*Al mismo tiempo, en cada uno de esos términos, en tanto que son fenoménicos, soy llevado a percibir cómo vivir, y al promoverse esto siempre se llega a aquello que tal vez sea lo único que lo definiría: no permanecer en una adecuación a sí mismo, en coincidencia consigo, quedando inerte, sino des-coincidir consigo mismo para activarse y renovarse. Esto me parece lo propio de vivir: des-coincidir. Vivir en sí mismo es des-coincidente –es incluso el único “en sí” del vivir. De donde procede ya su legítima ambigüedad: vivir no se puede bloquear en identidades; de donde puede afirmarse también, sacando provecho de esa des-coincidencia para emerger de ella, la posición singular del sujeto. En esa fisura fenoménica de la misma fenomenalidad y el juego que ésta hace aparecer, se abre la posibilidad de una libertad donde se despliega nuestra ex-istencia. Tal libertad no es dada desde un principio, por esencia, como pretendía la metafísica, postulándola a partir de su Más allá. Sino que corresponde a un sujeto que se afirma porque abre una brecha –en la medida en que abre una brecha– en la clausura de lo que conforma el “mundo”, y puede efectivamente mantenerse afuera y justamente “ex-istir”. Pero más precisamente ¿de qué se mantiene “afuera”? En el camino, no dejaré de reconfigurar ese afuera mediante el cual se promueve y se vuelve posible ex-istir. Fuera de lo que está en su lugar, coincidente, y ya no está alerta. Fuera de ese mundo, por consiguiente, pero sin que se trate de “otro mundo” (cap. VIII). Existir es el verbo moderno, promovido entre el “ser” y el “vivir”, que aclara semejante posibilidad de emerger (cap. IX).*

*Conocemos, en efecto, la dificultad de vivir. No podemos vivir sino aquí y ahora, pero “aquí” y “ahora” son los términos más abstractos, que valen para cualquier aquí y para cualquier ahora (Hegel al comienzo de la Fenomenología); aquí y ahora no dejan de escapárseos, tan estéril resulta ya la misma sensación*

*por estar encerrada en ese instante perdido (Proust al final de El tiempo recobrado). ¿Cómo acceder entonces a lo inmediato que se sustrae en tanto que es inmediato? Existir será el concepto que hay que volver a trabajar para abrirse paso en esta dificultad.*

*Con él se abre el camino de una nueva Ética.*